

## La lectio divina como enriquecimiento histórico-salvífico de una experiencia religiosa ya dada

Nos interesa establecer un punto de partida. Queremos señalar una actitud básica, que nos sirva como fondo en dos aspectos: que sea reflexión personal y encarnada y que tenga un punto de referencia histórico.

Este punto de partida como fondo de interpretación es la respuesta por parte del hombre, a la iniciativa divina de bajar y ponerse en contacto con el mismo hombre. Evidentemente, esta respuesta brota del hecho de haber oído el llamado de Dios, de haber experimentado su presencia y de *haberse* experimentado en su presencia.

Se trata por lo tanto de *vocación*. Esta es una respuesta a un cúmulo de valores que Dios nos invita a verlos, juzgarlos, hacerlos carne en nosotros.

En una palabra, Dios nos invita a que realicemos en nuestra vidas, por su misericordia, en el horizonte de su gracia, los valores del Reino de los cielos.

Es una invitación a nuestra libertad, a nuestro ser, a realizarnos como carne y Espíritu verdaderamente libres. En nuestro caso, que es muy concreto por cierto, se trata de vocación monástica. Esto encierra elementos específicos. Estos elementos no son sensacionales o extravagantes. De ser así serían el "rugido" de la gran tentación. Son por el contrario *sencillos y profundos*. Son *evangélicos* y brotan del mismo misterio del bautismo, cuya fuente más profunda es el misterio pascual de Cristo. Este misterio, propio de todo bautizado, en nuestro caso toma una radicalidad absoluta, tan absoluta como el llamado de Cristo al joven rico. Y esto es la nota distintiva: el seguimiento de Cristo, *muy de cerca*, en el silencio profundo de la esperanza en la Pascua.

Esto sería el punto de partida, el fondo vital, donde se engarza *la acción de la lectio divina*. No se trata de un preconcepto ya dado y meramente elaborado en el campo de lo racional. No pretendemos aquí hablar en forma despectiva de la actividad intelectual del hombre. Pero sí es un fuerte deseo de poner las cosas en su lugar específico: "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Es decir: al hombre la posibilidad de una respuesta inteligente y amorosa, pero a Dios la gracia de la iniciativa de nuestra vocación.

No se trata entonces, de buscar, en un campo de posibilidades, algo determinado por nosotros mismos, fruto de nuestra voluntad. De ser así, puede ser fruto de un antojo, de una evasión, de una compensación etc. Puede resultar algo rico, muy rico de nuestra parte. Entonces romperíamos el verdadero ámbito vital de la revelación. Este es, lo sabemos por la revelación misma<sup>1</sup>, el hombre con sus miserias reconocidas. Este seguimiento de Cristo, por el obrar de su gracia<sup>2</sup>, es una respuesta a un encuentro dado en la vida.<sup>3</sup> Pero para fastidio de nuestro orgullo, no lo hemos planificado nosotros, no es determinación nuestra ni ocurrencia de nuestras luces. *Es iniciativa de Dios*<sup>4</sup>. Desmenuzado esto, vemos que este encuentro es la resultante del "choque" del

<sup>1</sup> Mateo 11,25-27, ICor 1,26-29.

<sup>2</sup> Juan 5,19-21.

<sup>3</sup> Marcos 10,17-22, Juan 4,6-19, Lucas 19,1.

<sup>4</sup> Lucas 10,21, Dt 7,6, Juan 15,16.

hombre con Dios, de nuestro propio proyecto con el proyecto de Dios. Es Dios quien se ha puesto en nuestro camino.<sup>5</sup>

Cuanto más fuerte haya sido la velocidad de las fuerzas de nuestro proyecto, tanto más fuerte será la violencia del choque y más tornillos y latas retorcidas quedarán desparramadas como despojo del encuentro. Hasta podemos quedarnos ciegos como S. Pablo durante varios días.<sup>6</sup>

San Benito, tiene en cuenta esta experiencia al legislar en la Regla.<sup>7</sup> El prólogo de la Regla es un punto de partida hacia un compromiso con ese Dios profundamente misericordioso, que paradójicamente, se manifiesta en lo profundo de nuestras miserias. No lo hace para dejarnos allí, hundidos, nos llama a una recreación, a un hombre nuevo. San Benito quiere que sigamos chocando con Dios: nuestra miseria contra su misericordia. Este es el escenario monástico de una nueva creación en Cristo. Es el ámbito de un reamasar el barro de nuestra recreación. Barro reseco, agrietado, vuelto polvo o aguachento, líquido sin forma. Desunido íntimamente en su faz constitutiva, por la desobediencia del pecado. Es un nuevo hacerse de la imagen y semejanza. Esto se patentiza cuando nos dice: "Escucha, oh hijo, los preceptos del maestro e inclina el oído de tu corazón". Un elemento importantísimo, en este amanecer de la imagen de Dios en nosotros, es la acción de la *lectio divina*.

Esto nos pone en calidad de *oyentes de la palabra*, pero oyentes activos, porque oír a Dios supone que El nos habla, pero también supone una aceptación nuestra, un trabajo en nosotros mismos para seguir oyéndolo. Aquí entra a jugar un papel importante la confianza, la esperanza en la eficacia divina latente en la palabra de Dios.<sup>8</sup>

Llegamos así al fenómeno llamado *compunción*. J. Leclercq<sup>9</sup> citando a San Gregorio, muestra el núcleo de la experiencia religiosa: "El primer resultado de la experiencia de la miseria humana, para el cristiano que sabe interpretarla, es la humildad, o dicho de otro modo, el desprendimiento del mundo y de nosotros mismos y de nuestro pecado, la conciencia de la necesidad en que estamos de Dios".

Si analizamos estos elementos, podemos sintetizar nuestro punto de partida, o fondo vital de que hablábamos al comienzo:

I. Experiencia religiosa, encuentro con Dios y con el hombre que somos:

*Experiencia de la miseria humana, humildad, necesidad de Dios.*

II. Discernimiento-vocación-gracia:

*Para el cristiano que sabe interpretarla.*

III. Respuesta y compromiso:

*Desprendimiento del mundo, de nosotros mismos y de nuestros pecados.*

Esta compunción, experiencia de Dios y del hombre (experiencia religiosa) se dan juntas al mismo tiempo.<sup>10</sup> Esto es un conocimiento profundo en una armonía de relación. Es restauración por la misericordia de Dios, que pone en su lugar a la creatura y en su lugar al Creador. Se restituye por lo tanto la relación *filial* rota en el pecado.<sup>11</sup> Se establece así una escala de valores, en lo cual lo primero que aparece es

<sup>5</sup> Hechos 9,3-6.

<sup>6</sup> Hechos 9,9.

<sup>7</sup> R B Prol, 28.

<sup>8</sup> Isaías 55,10-11.

<sup>9</sup> J. LECLERCQ, *Cultura y vida Cristiana*, p. 43.

<sup>10</sup> Jeremías 1,6, Isaías 6,1-8, Lucas 5,1-11.

<sup>11</sup> Génesis 3,1, Romanos 5,12, 8,14, 9,5.

la relación filial con Dios Padre. Y como consecuencia inmediata de esto, una nueva relación con todo el ámbito de la creación y en especial con los hombres: establece la relación de hermanos.<sup>12</sup> No se trata del descubrimiento de la profundidad del hombre por un lado y de la de Dios por otro. No sería una experiencia religiosa en el pleno sentido de la palabra. Es importante no perder de vista lo que dijimos sobre la unidad del conocimiento, es decir: unidad y armonía en el conocimiento de Dios. Como conciencia de su presencia y del hombre al mismo tiempo, como conciencia de su miseria.

Esto es de mucha importancia para la *lectio divina*, como método monástico de oración. Es el punto de partida de una reflexión pausada, incorporada a la vida, porque desde ella misma brota como necesidad de Dios. Establece así un diálogo con Dios —escucha y petición— y, cosa muy importante, nos pone en constante actitud de *conversión*. Llegamos entonces al punto donde nos descubrimos como orantes, ante un Dios Padre misericordioso<sup>13</sup>. Como orantes, si no tenemos conciencia de la unidad y armonía, puede sucedernos que, profundizando un aspecto de nuestra vida evangélica, perdamos el panorama de conjunto, o dicho de otro modo, la dimensión eclesial (comunitaria) que debe tener nuestra oración.

Es nuestra oración eclesial, por varios motivos: I. En cuanto es oración al Padre, ya nos indica la *situación filial*,<sup>14</sup> y esto apunta a congregarnos como hermanos<sup>15</sup> bajo un mismo Padre. II. Nuestra condición de orantes, nos viene por el bautismo. En cuanto bautizados oramos desde el misterio de Cristo en la Iglesia.<sup>16</sup> Es aquí en el ámbito eclesial, donde se realiza el misterio sacramental.<sup>17</sup> III. Es oración de Cristo. Es El quien ora en nosotros, por el mismo misterio del bautismo, cuyas raíces salvíficas se hunden en el misterio pascual.<sup>18</sup> Esta visión o panorama de conjunto, no es otro que el hilo conductor de la historia de la salvación. A esta historia, se ordenan millares de experiencias básicas<sup>19</sup> y personales que se han dado en la historia. Ellas se unifican y forman esta historia salvífica desde su eje vital que es Cristo.<sup>20</sup> A El confluyen las del Antiguo Testamento y en y desde El las del Nuevo Testamento. Fueron situaciones vitales, encuentros con Dios, de personas que respondiendo al llamado de Dios, han confluído en el núcleo de esta historia salvífica que comienza con Abraham.

No podemos por tanto, por más auténtico que sea, quedarnos en uno de los aspectos del punto de partida: si el de Dios, deberíamos cuestionarnos si es realmente Dios quien nos habla. Con este solo aspecto sería una situación bastante desencarnada. Si con el del hombre, sería una situación demasiado personal y se puede caer en el subjetivismo. No entraríamos por lo tanto en el eje histórico, en la dimensión eclesial de la oración.

<sup>12</sup> Hechos 11,1, (1 Juan) 1,2-3, *Dei Verbum*, I.

<sup>13</sup> Mateo 26,36; Juan 17,1-26.

<sup>14</sup> Mateo 6,5; 6,7.

<sup>15</sup> Juan 15,11-13; 17,7-10; 17,22.

<sup>16</sup> Romanos 6,1-11.

<sup>17</sup> E. SCHILLEBEECK, *Cristo Sacramento del Encuentro con Dios*, p. 80 ss.

<sup>18</sup> Colosenses 2,12; 2,3-4.

<sup>19</sup> Génesis 12,1; Exodo 2,11; 3,1; Isaías 6,1; Jeremías 1,4; Lucas 5,1.

<sup>20</sup> Efesios 1,10; Gálatas 4,4.

Si meditamos en nuestras fuentes de nutrición espiritual como son la Sagrada Escritura, los Padres, la Regla, etc., y en esta meditación tomamos por ejemplo, el tema de la pobreza o cualquier otro, teniendo en cuenta la unidad y armonía Dios-hombre al mismo tiempo como experiencia, lo tendríamos encuadrado en su ámbito vital. Es el lugar genético y vital de la oración.<sup>21</sup> De otra manera, este abrazar la pobreza no sería fruto del llamado de Cristo a responder frente a una exigencia concreta,<sup>22</sup> sino fruto de nuestro razonamiento, de nuestro poder.<sup>23</sup> Esto ya sería riqueza frente a Dios.<sup>24</sup> Estaría deslindado de su ámbito histórico de exigencia y respondería a postulados nuestros. En otras palabras, los valores del Reino de Cristo<sup>25</sup> están en función del Reino mismo y no para gloria personal de nadie. La idea original y salvadora por excelencia de hacerlos vida, de que se encarnen en la historia que nos toca vivir, *no* es ocurrencia nuestra,<sup>26</sup> no es hija de nuestras luces. Es iniciativa divina, que a través de Cristo nos dice: ¡Ven, sígueme! Es El quien nos ha elegido, no nosotros a El.<sup>27</sup>

Si nos enteramos de que un personaje importante nos busca para algo, creo que enseguida nos interesaríamos para que nos encuentre, nos preocuparíamos y pondríamos gran empeño en entender qué quiere de nosotros, para qué y cómo y en qué condiciones quiere hacer tal cosa, desde luego, si consideramos el hecho importante.

Pregunto: Cristo, el invariable Señor de la historia, ¿no es personaje importante para nosotros? y más que personaje, persona e Hijo de Dios.

Cristo nos quiere para algo, nos busca, nos llama. . . Nuestra respuesta ha de ser: humildad y alabanza, reconocimiento y compromiso, testimonio y fidelidad. La acción de la *lectio divina*, en una actitud orante, es capaz de brindarnos toda una historia de encuentros y compromisos entre Dios y el hombre, que jalonan toda la historia de la salvación y también nos incorpora vitalmente en la riqueza de toda su extensión. Desde su comienzo hasta su fin, profunda y personalmente. Nos pone así en tensión hoy, aquí y ahora, entre la promesa del pasado, misteriosamente presente por Cristo y la meta definitiva, el Reino de los cielos en plenitud, misteriosamente presente en esperanza, hoy en Cristo. La *lectio*, nos toma personalmente como somos hoy, nos pone frente a Dios, nos enriquece con un pasado y nos lanza fortalecidos hacia un futuro venturoso.

Hno. Alfredo Vita (nov.) Abadía del Niño Dios - Argentina

---

<sup>21</sup> *Gaudium et Spes* 22, RB, 20,3.

<sup>22</sup> Lucas 18,18.

<sup>23</sup> Isaías 56,8-9, I Corintios 1,26-31.

<sup>24</sup> Colosenses 2,8, Efesios 3,14-19, I Corintios 2,9, 3,18-23.

<sup>25</sup> Mateo 5,1-12.

<sup>26</sup> *Ad Gentes* 23,a,b, *Perfectae Caritatis* 5,a.

<sup>27</sup> Juan 15,16.